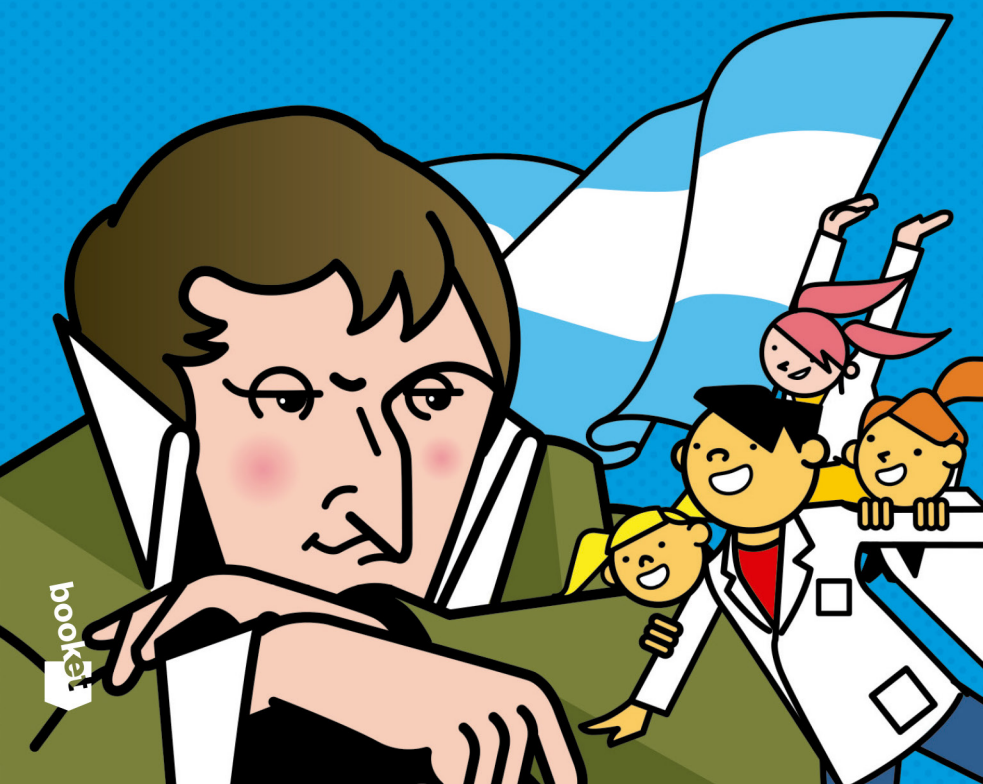


FELIPE PIGNA

Los cuentos de don Manuel El legado



FELIPE
PIGNA
Los cuentos de
don Manuel
El legado

Ilustraciones de
Augusto Costhanzo





Hola:

Este libro quiere hacerte llegar historias de nuestro querido Manuel Belgrano, uno de los primeros en pensar la patria. Un gran hombre que lo dio todo por este país desde mucho antes de que se llamara Argentina. Se preocupó por la niñez, la educación, los derechos de la mujer, el cuidado del medioambiente, la libertad y la justicia para todos, lo que él resumía en una hermosa frase: «Buscar el bienestar general».

Elegí contarte su vida a través de estos cuentos porque me dijeron que te gustaron mucho *Los cuentos del Abuelo José*, donde recordábamos al querido José de San Martín y a sus nietas. Como ese libro, este está basado en escritos y testimonios de Manuel, y en hechos reales, comprobables, con algunos agregados de ficción (así son los cuentos, ¿no?). Lo que no ocurrió, por lo menos tal y como está contado, fue ese encuentro inicial entre los hijos de Belgrano, ni el hecho de que el padre les hubiera dejado estos textos.

Los hermanos, Manuela Mónica y Pedro, efectivamente se conocieron, pero no así. E imagino que a Manuel Belgrano le hubiera encantado haber tenido tiempo en la vida para darles este legado.

Espero que disfrutes de estos cuentos y, si tenés ganas, se los leas a tu mamá, a tu papá, a tus amigos y a quien vos quieras, así mucha más gente conoce a este patriota tan querido, que pensó tanto en el futuro, o sea, en nosotros.

Abrazo grande.

Felipe



El legado



Soy **Manuela Mónica**, hija de **Manuel Belgrano**, y quiero contarles cómo llegaron a mis manos los cuentos que van a leer.

Hace un tiempo, cuando tenía 14 años, recibí una carta de **Celedonio Balbín**, un gran amigo de mi padre, en la que me decía que necesitaba reunirse conmigo para entregarme «algo» y presentarme a «alguien».

Mi papá murió cuando yo tenía 1 año y apenas si lo conocí, pero cualquier cosa que estuviera relacionada con él me emocionaba (y me sigue emocionando), así que le respondí inmediatamente a **Balbín** que lo vería cuando él lo dispusiese.

Después, con la carta en la mano, fui casi corriendo a preguntarle a mi tía **Juana** si sabía qué podía ser eso que me quería entregar y quién podía ser la persona a la que me quería presentar.

Mi tía **Juana** es una de las hermanas de mi papá. Vivo en su casa desde que tengo 5 años.

Ella y mis otros tíos, especialmente **Domingo**, siempre me cuentan cómo era mi padre, todo lo que hizo, las frases que decía, y también las travesuras que hacía cuando era chico, o cosas sin importancia, pero que a mí me encanta saber. Por ejemplo, que era impo-



sible seguirlo por la calle, porque más que caminar, corría, o que donó la mayor parte de sus libros a la **Biblioteca Nacional** porque quería contagiar en todos, pero fundamentalmente en los chicos, el gusto por leer.

—¡No seas impaciente, **Moniquita!** —me dijo mi tía **Juana** cuando le pregunté por la carta—. Las respuestas te las va a dar **Balbín**. Pero quedate tranquila que viniendo de tu amado padre, mi querido **Manuel**, va a ser algo bueno. ¡Él siempre cuidó de todos!

Los días que tuve que esperar hasta que nos reuniéramos se me hicieron eternos. Pensaba una cosa, pensaba otra, y cada tanto volvía a preguntarles a mis tíos si imaginaban qué podía haber detrás de tanto misterio, pero los **Belgrano** siguieron sin aventurar ninguna respuesta. Todo era «no sé».

El encuentro fue por la tarde, en mi casa. **Balbín** llegó acompañado por un muchacho joven, que debía tener 20 años o un poco más, y estaba vestido con uniforme militar.

Mi tía **Juana** nos hizo pasar a todos al salón, ofreció algo para tomar y nos dejó solos, sin decir nada más.

Yo estaba nerviosa, dele estrujar las puntillas de mi pañuelo, y se notaba que el muchacho también porque no paraba de hacer girar en sus manos la gorra militar. **Balbín** se dio cuenta, porque apenas la puerta se cerró, soltó:

—**Manuela Mónica**, él es **Pedro Pablo**, tu hermano. Es hijo de tu padre **Manuel Belgrano** y **Josefa Ezcurra**. —Luego, miró al joven y agregó: Ella es tu hermana **Manuela Mónica**, fruto de la relación que tu padre **Manuel** tuvo con **Dolores Helguero**.

Durante unos segundos, no supe qué hacer ni qué decir. Estaba en *shock*. ¡Un hermano! ¿Cómo era posible que nadie me hubiera hablado nunca de él?

Pero **Pedro Pablo**, que sabe mantener la compostura, enseguida extendió la mano, me miró a los ojos y me dijo:

—Mucho gusto, **Mónica**.

Yo le respondí con un «encantada», aunque por el impacto apenas si me salió la voz y soné como una flauta desafinada.

Había ternura en la mirada de **Pedro Pablo**, y se lo agradecí con una sonrisa.

Luego, los tres nos acomodamos en los sillones, y el hombre siguió diciendo:

—Lo que tengo que entregarles a ambos son unos escritos que les dejó su padre, mi amigo **Manuel Belgrano**. Cuando los lean, verán que les cuenta su historia, que es también un poco la de ustedes. Se apuró a escribirlos estando enfermo y pensaba dejarles además una carta para explicarles algunas cosas más, pero no tuvo tiempo, así que me toca a

mí contarles lo que falta. Lo primero y más importante, es asegurarles que **Manuel** estuvo profundamente enamorado, primero de **Josefa** y luego de **Dolores**.

—¿Y por qué no se casó con ninguna de las dos? —le pregunté casi desafiante.

—Porque fueron amores imposibles. Hubo prohibiciones familiares y sociales, y también pesó la agitada vida de **Manuel** como revolucionario y militar. A **Josefa**, el padre la obligó a casarse con otro hombre, que después la dejó para irse a **España**. Pero para la sociedad, ella seguía estando casada, y fue en esas condiciones que vivió su gran amor con **Manuel** y gestaron a **Pedro Pablo**. En el caso de tu madre —agregó, mirándome—, pasó algo parecido: **Manuel** estaba lejos, batallando, y cuando los padres de **Dolores** se enteraron de que estaba embarazada, también la hicieron casarse con otro. Tanto **Josefa** como **Dolores** fueron unas valientes, que se atrevieron a seguir lo que el corazón les mandaba, en una sociedad en la que las mujeres por mucho menos son severamente castigadas.

Pedro Pablo, que se había mantenido callado y atento a cada palabra, dijo con voz grave, con la que intentó ocultar su emoción:

—Yo fui adoptado por **Juan Manuel de Rosas** y **Encarnación Ezcurra**, la hermana de mi madre. Sé que mi mamá lo hizo por mi bien, porque hasta se tuvo que esconder para mantener en secreto

mi nacimiento. Mi familia era su familia, así que siempre se mantuvo cerca de mí. Pero hace poco, cuando cumplí 21 años, **Rosas** me dijo: «Usted es hijo de un hombre más grande que yo, que se llama **Manuel Belgrano**».

—**Belgrano** le había pedido a **Rosas** que te lo dijera cuando fueses mayor de edad —comentó **Balbín**—. Fue por eso que tuve que esperar tantos años para darles estos escritos que su padre les dejó.

—Lo sé. Cuando **Rosas** me lo contó, le dije que quería llevar los dos apellidos y él estuvo de acuerdo. Ahora soy **Pedro Rosas y Belgrano**.

—Para mí también nuestro padre dispuso un montón de cosas —agregué, conmovida por lo que acababa de escuchar—. Se preocupó por el dinero para mi educación, y les encomendó a sus hermanos que se ocuparan de atenderme y cuidarme. Incluso pidió que me trajeran a **Buenos Aires** para estudiar inglés, francés y todo lo que él consideraba que era ¡fun-da-men-tal aprender!, como siempre insisten en machacarme mis tíos, que no pierden la esperanza de que me le parezca aunque sea un poquito así —dije entre risas.

Pedro Pablo y Balbín también se rieron. Se notó que todos sabíamos muy bien quién era «**don Manuel**».

—Desde que naciste, cada día preguntaba si había novedades de «su palomita», como solía llamarte —co-

mentó el amigo de papá-. Lo último que tengo para decirles es que aunque **Manuel** decidió que no les entregase estos escritos hasta la mayoría de edad de **Pedro Pablo**, los escribió para ustedes y para todos esos niños y niñas para los que quiso crear escuelas, donde pudiesen aprender y disfrutar de cuentos como estos.

Cuando **Balbín** se fue, le pedí a **Pedro Pablo** que se quedara. Charlamos un buen rato, y después, juntos, desatamos la cinta que reunía los escritos. Los leímos también juntos y en voz alta, sentados uno al lado del otro, compartiendo risas y alguna lágrima, hermanados en la admiración por nuestro padre, su valentía, generosidad y amor por la patria.

Este es el legado que nos dejó y que con mi querido hermano quisimos compartir. Los bellos cuentos de **Manuel Belgrano**, que son también de todos ustedes.

